

EL ESTILO DE LOS CARLISTAS

Manuel de Santa Cruz

1. A qué vamos a llamar estilo

En escritos antiquísimos ya se encuentran referencias al «estilo», palabra que designa la resultante de unas relaciones recíprocas de varias partes de un todo. Se referían, más bien, a cuestiones materiales relacionadas con el arte, pro ejemplo, el estilo dórico, el estilo jónico, etc. A partir del Renacimiento la palabra estilo se encuentra, además, aplicada a elementos de psicología y de conducta humana que configuran una manera de ser y de estar, un talante y un aire o aspecto propios de un individuo o grupo para cuya identificación sirven. El estilo trata de definir precisamente lo más difícil de definir, que es lo que hay en un conjunto además de la suma aritmética de sus elementos. Es como una mezcla inicial coronada después por una combinación química en la que los sumandos se desdibujan para alumbrar algo distinto. Es más sutil que la física morfológica. El estilo es la síntesis.

El estilo surge cuando se agota lo racional y le sigue lo emocional y lo intuitivo. Es el *pathos* que sigue al *logos*. El estilo arrastra, incluso hasta la muerte, cantando himnos no siempre cartesianos, mucho más que una teoría académica racional. Es la música, es la poesía, es el arte. Por eso, en política, la presencia sensible de un estilo coincide con la crisis del racionalismo y del liberalismo, a los que viene a decir que hay que atender a algo más que a ellos.

La presencia física de las personas en las conversaciones políticas debe parte de su importancia a que sólo en ella se manifiesta bien una fuente insustituible de conocimiento, que es el estilo.

2. El estilo en la política contemporánea

El siglo XX empieza en España con la insuficiencia del liberalismo para resolver los asuntos, predominantemente

materiales, de la población, y más especialmente de sus estratos más débiles. Los partidos políticos aumentan en número y extensión, y en otro extremo se presentan como alternativas las dictaduras y los totalitarismos. Todos tienen un estilo propio más o menos acusado, que resulta definitorio y diferenciador. Hasta no tener un estilo acusado ya es un equivalente al estilo, lo mismos que el habla de las gentes de Salamanca les diferencia de catalanes y andaluces precisamente por no tener tonillo. El estilo es identificador, incluso por exclusión. Se oye decir: ese no tiene pinta de monárquico. Los demócratas, con unas pretensiones mínimas y materiales, recogen la ordinariez y la mala educación del estilo de la chusma ascendente. Por el contrario, las dictaduras vienen coronadas por anhelos un tanto vagos pero sensibles de algo superior, de una vocación de mando hacia algo mal definido, colectivo e inmaterial: el imperio, el arte, la religión y sus semejantes las cosmovisiones. Son elegantes y tienen más conciencia que los demócratas de poseer un estilo.

En la Segunda República (1931-1939), aparecen aún más partidos políticos, su dinámica y sus enfrentamientos, que habían estado latentes en la situación política anterior presidida por el general don Miguel Primo de Rivera. Este llenó la ausencia de partidos que él mismo había impuesto con un partido único de su invención, la «Unión Patriótica», con unos representantes suyos, los «asambleístas», equivalentes a los diputados, en el organismo que sustituyó al Parlamento clásico anterior. Los afiliados a «Unión Patriótica» y sus destacados «asambleístas», tuvieron un estilo propio personal notable, pero que resaltaba menos de lo que pudiera por no haber a la vez otros estilos políticos diferentes con los cuales contrastar.

El concepto de estilo vinculado a la política llega al español corriente, en la calle, con el desarrollo del grupo político «Falange Española», fundado por don José Antonio Primo de Rivera. Otros partidos políticos variados y contrapuestos también pudieron haber sacado factor común a la manera de ser de sus afiliados, al «aire» que tenían, pero no lo hicieron y se desentendieron de eso, dejándolo como entretenimiento de curiosos espectadores. Fue «Falange Española»

quien sintetizó, cultivó y anunció un estilo propio, y no lo señaló como una casualidad, espontánea, sino como parte visible y definitoria de una acción política, casi como un símbolo. Estilo que iba siempre parejo a otro rasgo suyo, también nuevo, que fue un ceremonial más extenso y denso que el de los demás partidos políticos, inspirado en los rasgos estéticos de moda entonces en Europa, que eran los del nacionalsocialismo alemán y los del fascismo italiano. Y que su cohesión, estética, simbolismo y mimética de la dicha moda europea le proporcionaron buen número de afiliados.

Cada grupo político tiene su «público», y dice del partido político de al lado que tiene «otro público». Cada público tiene su estilo. Pero el tema de los estilos es un océano en el que no vamos a navegar. Nos despedimos de su parte general recordando solamente que los sacerdotes, aun vestidos de paisano, durante la dominación roja, no consiguieron evitar un estilo tan inconfundible que permitía a sus asesinos identificarlos.

3. ¿Tienen los carlistas un estilo propio?

Hemos llegado a un punto en que se plantea la cuestión, después de una parte de generalidades, de si los carlistas tenemos especialmente un estilo propio de andar por la política y aun por la vida.

En seguida vamos a ver que sí, porque se pueden encontrar en él los rasgos de un estilo propio, diferenciado e identificador que sin ellos no pasaría de ser una fantasía.

Advirtamos antes de un riesgo que padece esta exposición de sufrir errores. Se debe a la inseguridad de calificar como carlistas a las personas que vamos a observar. Ni son todos los que están, ni están todos los que son, debido a su carácter desorganizado y, sobre todo, a la represión política, en nuestros días, de Franco. En el tira y afloja, en el *modus vivendi*, tan difícil de explicar, de los carlistas con Franco, éste se mostraba elástico en algunas cosas e inflexible en que los carlistas no tuvieran armas ni carnets. La prohibición de expedir y controlar éstos, de misión identificadora, permitía a cualquier agente de Franco presentarse en una

reunión carlista para reventarla, diciendo que él, que era tan carlista como el que más, pensaba lo contrario de lo que allí se estaba diciendo.

Mi ya larga vida en las filas carlistas ha desarrollado en mí cierto olfato para diagnosticar quién es verdaderamente carlista y quién no. No basta para serlo el servicio a los fundamentos intangibles de la legitimidad española definidos por el Rey Don Alfonso Carlos en su Decreto de 23 de enero de 1936. Además hay que tener un «estilo». Quede aquí situado este nudo gordiano para que lo corten mejores espadas que la mía.

También contribuye a la nebulización de las descripciones que no todos muestran su estilo con la misma intensidad, y que existe una variedad de formas debida a que es cambiante la participación de cada elemento en el conjunto. No se puede hablar de un solo estilo paradigmático.

Los místicos explican que el conocimiento y trato de Nuestro Señor Jesucristo se alcanza por la oración, los sacramentos y la vida contemplativa, y no se alcanza (porque es una falsa vía) por el conocimiento de la flora y la fauna, de la geografía y la historia de Palestina, por exhaustivos que fuesen. Análogamente no se es carlista solamente por conocer la historia del Carlismo, su doctrina y sus documentos, aunque se haga de manera exhaustiva, como han incluso algunos de sus enemigos, sino que –además– hay que tener un «estilo» carlista.

La principal vía de asimilación del estilo carlista es la convivencia con otras personas que ya lo tienen. Se transmite, o diríamos en términos vulgares que se «pega», por ósmosis casi física. De manera que el que no lo tiene es porque no ha convivido suficientemente con carlistas. De esto resulta que el estilo tiene el valor, entre otros, de ser un medio de identificación. Más aún, puede medir la generosidad de una persona. Porque la generosidad está muy vinculada a la afectividad y ésta coincide con el estar a gusto en presencia o con el trato de personas del mismo estilo.

La Comunión Tradicionalista tiene hoy pendiente el desarrollo y el relanzamiento del Requeté, reconstruido y adaptado a las nuevas formas del arte militar. Este relanzamiento

exige unas Ordenanzas nuevas. Éstas no son, no podrán ser, solamente unos reglamentos de corte cartesiano, sino que además deben contener, para transmitirlos, reflejos vivos de ese estilo carlista que nos ocupa. Por ejemplo, establecer que cada requeté debe mostrarse siempre animoso y alegre, incluso en los peores momentos, para contribuir a que el ambiente de su unidad sea estimulante. Las bellas artes, especialmente la música, deben proporcionar matices extrarracionales valiosos a nuestras organizaciones.

4. Algunos elementos constitutivos del estilo carlista

Los elementos que vamos a señalar son, a la vez que interesantes en sí mismos, vías de acceso a la comprensión del conjunto. Forman dos grupos bien trabados entre sí. Uno reúne los elementos físicos o materiales y otro las ideas, para las que, aunque también se exteriorizan sensiblemente, hay que disponer de unas categorías mentales donde instalarlas como en unas estanterías, por otra parte próximas a otras dedicadas a los demás estilos políticos.

Algunas de las revelaciones físicas de nuestro estilo político, llamadas en patología general «formas no fonéticas de expresión», son:

La postura, actitud o colocación de las distintas partes del cuerpo en estado de reposo que adoptan nuestros amigos suele ser natural, despreocupada, espontánea y relajada. Son el polo opuesto a las envaradas, contraídas y en tensión vigilante, «sobre sí», elegantes, que se encuentran con mayor densidad entre los elitistas, los partidarios de la democracia cristiana y los miembros de algunas organizaciones religiosas. Ha habido aproximadamente en la segunda mitad del siglo XX una corriente de espiritualidad católica que ha puesto énfasis en el perfeccionamiento de todo eso con fines seductores para el apostolado, pero las organizaciones que la acogieron tuvieron poca penetración en las filas carlistas, más tentadas de *sans-façons*.

El gesto es el movimiento de algunas partes del cuerpo para apoyar una expresión. Se encuentra medido y escaso en otras áreas políticas, y más suelto, libre y espontáneo,

y acompañante más utilizado de la expresión oral en los carlistas. En la administración global de los gestos se percibe una cierta despreocupación general, que por otro lado, como pronto diremos, es otro elemento diferencial del estilo carlista.

Se nota en nuestros amigos un cierto desorden, leve y aceptable, pero cierto, en el regimiento de sus pertenencias, que cuando se extrapola a la conducta menoscaba la puntualidad. Pertenece a otra galaxia política la tríada, clásica en psicología de «limpieza exagerada, orden minucioso y vanidad».

La forma de vestir de nuestros amigos está en consonancia con las posturas, gestos y despreocupación dichos, que les alejan de lo atildado y cuidadosamente arreglado y completado con «complementos» de la ropa, que se encuentran más fácilmente en los devotos de la rama borbónica liberal y democrática, en miembros de su aristocracia y en personas que quisieran serlo y les imitan con pretensiones elitistas.

Los carlistas no son detallistas en el vestir, ni en otras cosas, ni se obsesionan por el seguimiento de la moda. En la década de los años sesenta del siglo XX, cuando empezó a hablarse de democracia cristiana por primera vez desde la guerra, aquello coincidió con dos modas en el vestir de los caballeros. Una, la montura de gafas «truman», popularizadas por el presidente norteamericano de ese nombre. Y otra los zapatos sin cordones, llamados «mocasines». Bien ajenos a todo eso, los carlistas vivían a su aire. Hablando de estas cosas en aquellos años, un famoso tradicionalista de Pamplona me decía que él nunca había visto a un carlista con gafas «truman».

En la corbata podemos encontrar otro atisbo. Llevan los nuestros su nudo bien hecho, pero sin terminar de ajustar, como con cierta desgana, bien diferente del perfectamente moldeado de los presumidos. Cuando las clases media y alta llevaban sombrero, que les diferenciaba del proletariado rojo, despuntaba en las filas tradicionalistas una cierta tendencia a prescindir de él, pero de manera natural y sin pretensiones de simbolismo ideológico. En cambio, los rojos hacían de la precisión del sombrero un símbolo de identificación. Inmediatamente después de la guerra, cuando por imperativos económicos muchos españoles de todas las

ideologías empezaron a prescindir del sombrero, una conocida fábrica de éstos, para recuperar el mercado, anunciaba que «los rojos no llevaban sombrero» .

Y es que muchas prendas de cabeza son expresivas y simbólicas, como el gorro frigio de la Revolución francesa, el tricornio de la Guardia civil, la barretina de los catalanes, etc. La prenda de cabeza de los carlistas es la boina roja que, además, sirve para identificarles. Hay que considerar en ella el color y la manera de ponérsela, el aire. Es más propia de los requetés, o soldados de la Tradición, pero por extensión informal la han llevado en momentos de exaltación miembros adultos civiles de la parte política del Carlismo. Se ha convertido en un símbolo que han hecho suyo publicaciones y otras cosas. Sirve también para el diagnóstico político porque algunas personas con jactancia de ser poco versadas en Carlismo y de marcar distancias con él, la llaman con tono desafecto «boina colorada».

La boina blanca es propia de las mujeres carlistas, las «margaritas», que la ostentan como una especialización amorosa. Algunos cuerpos forales no carlistas también usan como prenda la boina roja y cuerpos carlistas se han cubierto en ocasiones con boinas azules o negras. La boina roja como prenda de cabeza de un uniforme militar saltó de España a la segunda guerra mundial, a veces con distintos colores.

En España, un grupo político reducido de seguidores de don Juan de Borbón y Battenberg, con el nombre de Renovación Española, eligió como distintivo una boina verde, pero no sobrevivió a la Unificación del 19 de abril de 1937. Cuando don Juan montó en 1957 la maniobra de fingir que abrazaba los principios tradicionalistas, anduvo durante los dos años que duró el engaño con boina roja y su esposa con boina blanca, en vez de haber llevado las boinas verdes propias de su partido.

La boina roja puede llevar hasta cuatro complementos, a saber: el aro; la chapa o remate en su vértice, variable según las épocas; la borla, ceñida o colgante y de diversos colores expresivos y, en su caso, las insignias de mando militar, estrellas como en el Ejército, o flores de lis, plateadas o doradas para los mandos políticos civiles hasta la Unificación de

abril de 1937, en que desaparecieron. Estos exponentes de militarización del mando político civil, un poco a rastras de la producida en la Falange, su rival político en la posguerra, nunca tuvieron mucho ambiente.

El aro era una varilla blanca montada por dentro que daba a la boina una rigidez que ayudaba a ponerla ladeada y ostensible. Pero sobre todo se ponía así, aunque más bien poco, como evocación al estilo que tenía al ponérsela Zumalacárregui. Otra cosa era la forma de ponerse la boina. Los vascos más horizontal y los navarros ladeada hacia el corazón. Todos con buen aire y salero. Una coplilla famosa cantaba: «Qué guapa eres, qué bien te está, la boina blanca y la colorá». Los advenedizos y los carlistas del sur de España no sabían ponérsela y por ello se les conocía en seguida, porque les quedaba más bien sosa. Hubo una época en que Franco se la puso alguna vez, dando una imagen de pena, como si llevara en la cabeza un tomate. Los carlistas dieron entonces en la gracia de decir, para marcar distancias apasionadas, que «hasta en la poca gracia con que se pone la boina roja se ve que no es de los nuestros».

Siguiendo con las formas no fonéticas de expresión, nos fijamos en el peinado. Los carlistas se peinan sin gominas ni cosméticos, de formas variadas, pero distintas del bloque bien planchado y hacia atrás propio de los fascistas y asimilados, que pretenden con ello mostrarse enérgicos. Los carlistas presumen de valientes y de coherentes, pero no de enérgicos, sino más bien de campechanos.

Un bigote fino y bien recortado como un cepillo, descarta que su portador sea carlista. Es más probable que sea militar o falangista. También se despreocupaban de este estilo de bigote los carlistas contemporáneos. Alguno de principio del siglo XX y de antes de la guerra, en vez de recortarlo minuciosamente, lo dejaban crecer libremente hacia unas guías silvestres, símbolos de autoridad, algo alusiva, tal vez, al antiguo régimen.

La barba ha sufrido oscilaciones en el siglo XX. Empieza éste con un declinar de la barba que en el siglo XIX expresaba categoría. Luego desaparece prácticamente hacia el final de la dictadura de Primo de Rivera. Y vuelve en el último

tercio del siglo, muy minoritariamente y con un significado paradójico contrario y de rebelión a la autoridad. Los viejos carlistas que yo he conocido en mi mocedad (Vázquez de Mella, Hernando de Larramendi, don Manuel Senante, don Luis Ortiz y Estrada) fueron los últimos resistentes a quitarse la barba, como lo han sido algunos capuchinos insuficientemente devotos del II Concilio Vaticano. Aquellas últimas barbas carlistas tenían un discreto reflejo de postrera nostalgia y lealtad al antiguo régimen, al que a menudo llamaban, en francés, *l'ancien régime*.

5. Un rasgo intermedio y mixto: la campechanía

Entre el aspecto esbozado, y la mentalidad que sigue, hay en los estilos de los carlistas una constante intermedia y mixta, que es el talante campechano, sencillo y llano, de buen humor, y poco dado a encastillarse en diferencias sociales favorables. Muy lejos, sin embargo, de la mala educación que está vinculada a la democracia. También lejos del igualitarismo de los marxistas y totalitarios, chabacano y panteísta (tuteo, «camaradería», arremangamiento, etc.), fruto de la revolución francesa y proscrito implícitamente por el Rey Don Alfonso Carlos en los fundamentos intangibles de la legitimidad que recoge su citado Real Decreto de 23 de enero de 1936. Nada más anticarlista que un Ministerio de la Igualdad. Somos clasistas, diferenciadores y custodios de los extremos opuestos, que son cualesquiera protocolos.

Al contrario, muchos carlistas han sabido en un momento dejar provisionalmente la campechanía y deslizarse hacia el extremo opuesto de la ordinariez democrática que son las formas severas del antiguo régimen, del cual se atribuyen orgullosamente una cierta continuidad encantadora. En ocasiones saben ser orgullosos y puntillosos, más por celo de su honra que por buena educación. Esta campechanía les facilita ponerse en mangas de camisa sin pensarlo dos veces, en cualquier ocasión de esparcimiento y confraternización. A los de la democracia cristiana y a los de la rama usurpadora les cuesta mucho más, y a los de la izquierda les agrada, pero por un motivo distinto, que es replicar a lo que consideran

rasgo de la educación burguesa, su enemiga, para fomentar la lucha de clases.

Los rasgos que vamos citando tienen una misteriosa y difuminada relación con la pertenencia de los carlistas a la clase media y al partido judicial. Dan savia a la clase media y de ella reciben confirmación de sus maneras. Digo esto convencido de su trascendencia sociopolítica.

6. Elementos psicológicos del estilo

Las ideas y la mentalidad que dan continuidad al estilo de los carlistas, durante ya casi doscientos años, son un conjunto coherente, una cosmovisión bastante bien diferenciada.

Consideremos en primer lugar la religiosidad y sus aparentes competidores. Referida al estilo carlista tiene que ser considerada como una de sus muchas variedades. Hay dentro de la religión católica muchas formas de entender y de llevar una vida religiosa, todas dentro de la ortodoxia. Es propio de la mentalidad y de la elementalidad del estilo carlista no utilizar como sinónimos de la palabra religiosidad las palabras espiritualidad, idealismo, romanticismo y otras análogas hacia las que a veces es empujada la religiosidad, envuelta en respetos humanos o en combinaciones políticas. Los carlistas tienen una fe vivísima, también muy propia de otros españoles, que en esto, entre otras cosas, se diferencian de los europeos, gracias a Dios. A partir de cierta intensidad la fe se hace elemental y simplificadora. No tienen los carlistas sus secretos espirituales envueltos en brumas filosóficas, como los alemanes o como algunos españoles liberales cultos. No tienen erudición, pero sí mucho sentido común. Lo que haya en esto de verdad, lo será en buena parte por el talante de los carlistas.

Aceptan con ilusión los calificativos de idealistas y de románticos, pero los distinguen bien de la religiosidad. En el juego de la inmortal obra de Cervantes entre el servicio a la verdad moral (que no es sino lo que debe ser y lo que preocupa a Don Quijote) y la verdad metafísica (que es lo que no se adentra en lo que debiera ser, propia de Sancho Panza), los carlistas siempre han presumido de imitar la

generosidad y el desinterés de Don Quijote, dejando que se identifiquen con Sancho Panza lo que van a la política no a servirla sino a servirse de ella.

Los carlistas proclaman su fe católica sin respetos humanos y alguna vez hasta con un puntito de jactancia. Véase el contraste entre las dos actitudes que siguen. El coronel de Caballería don José Sanz de Diego, carlista famoso que mandó el Tercio de Requetés de «El Alcázar», charlaba un día de los del más exasperado caudillismo con otros militares de alta graduación. Empezó a criticar a Franco, hasta que el general don Carmelo Medrano Ezquerria le detuvo con esta reticencia: «No dudo de que usted es incondicional del Generalísimo». Silencio y expectación. Al fin de unos segundos interminables, Sanz de Diego le contesta cachazudo: «Pues no, mi general. Yo no soy incondicional más que de Nuestro Señor Jesucristo». Silencio y, ahora, rompan filas en el corro. Compárese en el otro extremo con esta moda asquerosa de algunos políticos de la democracia cristiana que tratan de justificarse diciendo que ellos ya tienen una veta de inspiración en el humanismo cristiano.

La visión sobrenatural de la política y de la historia, como la de todas las cosas, lleva a muchos carlistas a mirar el curso bravío de la política con cierta lejanía que puede degenerar en escepticismo, desinterés y pereza. Un periodista notable, don Luis Apostúa, escribió en el diario *Ya*, hoy desaparecido, que los carlistas tienen un concepto peculiar del tiempo, distinto del de los demás. El impío don Pío Baroja escribió que los carlistas viven impávidos esperando el ascenso de su pretendiente al Trono, de manera semejante a como los judíos esperan la llegada del Mesías. Un alto jefe de Aviación, criptocarlista él, respondió sin vehemencia y con indolencia a unos amigos que pretendían alarmarle con la europeización de España: «No se preocupen ustedes... eso de Europa pasará... como pasó el Imperio romano».

Ese escepticismo, desinterés y pereza producen a veces cierto desorden, que a su vez se refleja en una falta de puntualidad. Quizás por su abolengo campesino, muchos carlistas no están cercanos al «estilo militar de la vida» definido por el general don Jorge Vigón. Alguna vez hemos encontrado en nuestras tertulias algún bohemio, bien acogido.

Los carlistas no tienen prisa y no les importa morir sin ver el triunfo de la Causa, que imaginan con visos de Parusía y escatología, a diferencia de otros políticos, y más aún de los abolengo fascista, que hacen ridiculeces para forzar el adelantamiento del triunfo de su proyecto y así poder verlo realizado. Si no lo van a ver, ya no les interesa. En muchos carlistas se encuentra una especie de reflejo de la frase de Nuestro Señor, «Mi Reino no es de este mundo», que les lleva a desinteresarse e inhibirse de asuntos políticos episódicos, mostrándose apasionados e intervencionistas solamente en los que ellos consideran grandes causas, a las que su larga duración llaman intemporales.

Podría haber una misteriosa causa común a la mayor contemplación de asuntos grandes y a un cierto aire distraído y despreocupado de las pequeñas cosas de cada día que ya hemos señalado al principio. En alguna ocasión hemos oído a algunos carlistas defenderse de la acusación, amistosa, de no haberse molestado en recoger la parte del botín que les correspondía, diciendo que «nosotros servimos a Dios de balde y a España por Dios». Esta frase ha tenido cierto éxito, pero como todas las frases bellas debe ser estudiada a fondo. Hacer de la necesidad virtud es bueno a veces, sí, y otras no.

Nuestros amigos son poco proselitistas y dicen que «el que quiera picar, que pique», en parte porque en el fondo se consideran miembros de un pueblo elegido. Por eso, no les obsesiona como a los demócratas ensanchar la base al precio de contaminaciones, y prefieren dedicarse más a mantener afilado y libre de impurezas el ariete del avance de su organización.

Ese sentimiento de pertenencia a un pueblo elegido se encuentra en muchísimos otros grupos humanos y tiene un lugar importante en la antropología. En las filas carlistas se presenta con una desproporción entre su vaguedad y la gran satisfacción subjetiva que proporciona. A finales del siglo XIX aparecía emparentado con las teorías milenaristas. Grupos reducidos, no sólo carlistas, esperaban –como precursores– la llegada del Gran monarca que anunciaba el famoso padre Corbató. Otros se complacían repitiendo una leyenda, sin someterla a crítica, según la cual en el Nuevo testamento

el pueblo de Israel es España, y dentro de España el Carlismo. Esto, que tuvo y tiene cierta presencia, aunque poco declarada, proviene de que en tiempos de Nabucodonosor II una parte del pueblo de Israel, para librarse del imperialismo de dicho rey y sobrevivir para asegurar y servir a su destino mesiánico, emigró a España (según otros a Antioquía), donde se ha salvado de haber participado en el deicidio, y permanecería alimentando las teorías milenaristas.

Los carlistas no son aficionados a sutilezas ni a enredos políticos, Al pan, pan; y al vino, vino. Les molesta el narcisismo intelectual de los heterodoxos que tratan de involucrarles en lo complicado e inseguro. La sencillez y la lealtad favorecen la caballerosidad, que siempre ha sido celosamente cultivada en las filas de la Tradición. Esto les diferencia de las izquierdas, que no tienen sentido del honor. Siempre han despreciado la táctica inmoral, que muchos presentan como si fuera una maravillosa obra de orfebrería, de infiltrarse (como el cuco en el nido ajeno) para influir, instrumentalizando recursos y posibilidades ajenas, como una traición. La fidelidad a la palabra dada, a veces entendida de una forma un tanto positivista, es parte de la caballerosidad, sostiene la intransigencia y bloquea algunas maniobras políticas. La aversión de los carlistas a algunos altos perjuros no se debe tanto a las discrepancias políticas estrictas, y a las vinculaciones familiares, como al hecho del perjurio en sí mismo.

Los ingleses tienen una sentencia referida a terceros, que dice: «Es demasiado listo para ser un *gentleman*». Los carlistas prefieren ser caballeros a listillos. Son pequeños comerciantes y modestos funcionarios que han preferido un estatus acomodado y honrado a complicadas intrigas para ascender en el circo de la democracia. Cuando algún carlista ha empezado a ser tentado por esas otras opciones se ha marchado a las aventuras políticas coyunturales. Los que quedan a perseverar alardean del calificativo de «insobornables».

Son celosos de su independencia y del carácter cartesiano de sus razonamientos, y poco disciplinados. Tienen cierta preocupación, a veces exagerada, por no dejarse engañar, como tantos de muchos partidos políticos se dejan. Una de sus salidas contra la posibilidad de ser engañados es la

simplificación de las posibles celadas que les buscan, siendo poco propicios a los diálogos interminables y, a la vez, como alternativa, decididos prematuros al empleo de la fuerza física. Este, con ciertas especificaciones, puede encontrarse dentro de la más pura ortodoxia católica. Entre los infinitos grupos y escuelas cristianas destacan los carlistas por no escamotearlo, como los otros, sino por tenerlo siempre a la vista, en la misma esencia de su ideario, junto con la confesionalidad católica del Estado.

Esta predisposición al empleo de la fuerza física, dentro siempre de las condiciones que impone la moral católica, ha llevado a algunos a decir que el Carlismo tiene olor a pólvora. Esto es cierto en comparación con otras ideologías, pero en sentido absoluto es una exageración, porque en la historia del Carlismo hay mucho más tiempo con olor a tinta que a pólvora. Con todo, es evidente que ese olor más o menos intenso a pólvora retrae a mucha gente de enrolarse en las filas del Tradicionalismo, aunque no lo declaren y prefieran justificar su retrainamiento diciendo que es porque no entienden bien cómo y por qué se generó el pleito dinástico.

En los carlistas destacan el amor a la independencia y la propensión a la rebeldía, como partes de un telón de fondo, que es el estilo, más operativo que el rechazo de altos textos políticos. Esto se vio bien en sucesos próximos. Desde mediada nuestra guerra hasta el declinar de Alemania en la segunda guerra mundial, hubo escaramuzas callejeras populares entre falangistas y requetés. Había una contradicción política insalvable, que era que la Falange quería el predominio del Estado sobre la sociedad y el Tradicionalismo exactamente lo contrario, más sociedad y menos Estado. Pero lo que realmente producía aquellos enfrentamientos públicos era el choque de estilos. Movía el de los carlistas la rebeldía a la militarización de la sociedad civil que intentaba, forzosamente, el Estado totalitario.

El folclore es un capítulo de la antropología que está presente en nuestro tiempo. A los carlistas les gusta cantar y también mangonear en la organización de festejos populares y encuentros gastronómicos, lo cual a algunos les da cierta popularidad. En esto concurren su campechanía, su jovialidad

y su instalación en una clase media de artesanos y pequeños burgueses, diferenciada de refinamientos y elitismos.

No se libran los carlistas de las cruces de esta vida, Pero les llevan más a la tristeza que a la amargura. Su religiosidad y temperamento mencionados hacen que el porcentaje de amargados sea en los círculos tradicionalistas inferior al que hay entre las izquierdas, donde los amargados abundan, probablemente más por razones de conciencia ocultas que por otras de índole política. La izquierda es el espacio de los amargados y el Carlismo el de los «salaos», protagonistas de incesantes anécdotas.

Nuestros amigos disfrutaban de las simpatías de una buena parte de la masa neutra y pasiva de los espectadores, que les consideran paternalmente como pintorescos. El carlista es el grupo político que con respecto al número de afiliados tiene un mayor porcentaje de simpatizantes externos incontrolados.

Hay, sin embargo, en el estilo carlista un rasgo que le sustrae simpatías y es la intransigencia. Una intransigencia selectiva y no global, ni universal y permanente como las de algunos psicópatas. Es selectiva y referida a grandes principios, pero en el nivel de los pequeños detalles, lo cual a muchas personas resulta difícil de soportar. Los liberales transigen en casi todo porque no cree en casi nada. Valorar, quizá excesivamente, pequeños detalles desfavorables para detener un proceso en marcha que hubieran podido pasar cómodamente inadvertidos, está en la base del calificativo popular de «aguafiestas» que a veces otros aplican a los carlistas. Estos asumen esas actuaciones de «aguafiestas» con talante jocosos, divertido y como de travesura, pero tiene la gran hondura de burlarse de lo efímero y de poner a salvo, expeditivamente, los grandes principios.

Paradigma de un buen golpe de «aguafiestas» fue el Real Decreto de 23 de enero de 1936 del Rey Don Alfonso Carlos, que instituyó la Regencia, y con ella la continuidad del Carlismo, precisamente cuando los liberales festejaban el agotamiento de la rama borbónica legítima. Don Ricardo de la Cierva ha escrito que fue el documento más inoportuno de su época, claro está que desde su punto de vista

liberal. Los adjetivos de «aguafiestas» y de «inoportuno» van siempre unidos. Los autores del borrador de aquel Real Decreto y de la maniobra de su promulgación, presididos por don Luis Hernando de Larramendi y Ruiz, además de celebrar su trascendencia política, se rieron y divertieron mucho con la faena que les hacían a los liberales.

Estos apuntes del estilo político de los carlistas podrían y aun deberían alargarse y documentarse con anécdotas y ejemplos, que son como perchas para colgar las ideas. Son esclarecedores y se pueden encontrar en todas las historias del Carlismo, que ya no son pocas. Pero prefiero atender a las dos últimas preguntas que siguen.

7. ¿Qué debe conservarse y corregirse del estilo carlista?

Conservarse casi todo lo dicho. Especialmente su desprecio del número y la interpretación sobrenatural de los acontecimientos; así como su táctica de afilar y mantener pura a toda costa su punta de vanguardia doctrinal, aun con el riesgo de que lleve consigo una pérdida de amplitud de la base de afiliación y de maniobra. Esto refleja más fidelidad a la pureza de las ideas que a las pretensiones del sufragio universal. Es lo contrario del estilo de los partidos democráticos, más preocupados por la conquista del poder a costa de transacciones morales cuando menos dudosas. La historia de las vicisitudes políticas de la teoría del mal menor o, como ahora se dice para disimular tantos fracasos, del bien posible, está saturada de oposiciones carlistas. La oposición de éstos al mal, aunque sea menor, es de abolengo religioso y se funda en la creencia de que es Dios quien hace la historia, aunque cuente con la colaboración humana. Repiten los Salmos: «Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas».

Otra cosa que hay que conservar es el polifacetismo o rebosamiento más allá de una actividad política hacia una cosmovisión que subyace en todo momento y aun aflora en las urgencias y en las crisis. El Carlismo es muy rico en elementos muy variados, como un holding o cartera de valores en la

que las ganancias de unos compensan las pérdidas de otros, de manera tal que permiten la perseverancia del conjunto, a pesar de tantas adversidades. Esta estructura se da también en otros muchos grupos, políticos e ideológicos, pero en mucho menor grado que en el Tradicionalismo. Don José María Valiente repetía que en política el éxito está en durar.

Hay que mantener la intransigencia de nuestro estilo contra viento y marea. Más ahora, en que resulta ser la réplica adecuada exactamente a una de las tácticas de hacer la guerra, de la guerra psicológica, que son la resistencia pasiva y el avanzar sin estridencias. La resistencia pasiva consiste en la acumulación de pequeñas infracciones, cada una suficientemente pequeña para eludir un castigo o para avanzar en silencio pasando inadvertidos, pero que, acumuladas y sumadas, producen un efecto formidable de resistencia o de ataque, que además es alevoso, precisamente por la calculada pequeñez de sus unidades y de sus acciones. La intransigencia es la forma única y modernísima de bloquear las pequeñeces.

Pasemos a lo que debe corregirse. Hay rasgos de nuestro estilo que comprometen la última fase de cualquier combate, que es la explotación del éxito. Muchas acciones nuestras, costosísimas, no solamente las de carácter militar, sino también las políticas y sociales, que parecían coronadas por victorias, han quedado luego, muy pronto, en nada, sin frutos. Estas frustraciones son un gran tema que hay que revisar.

En la parte que nuestro estilo tenga en esos malogros señalemos la actitud despreocupada y distraída, el talante amistoso y jovial, la generosidad, el perdón y el olvido, y la posibilidad de que las perspectivas sobrenaturales se desplacen hacia un fatalismo paralizante. Son rasgos buenos, que hay que conservar, pero dentro de ciertos límites, más allá de los cuales pueden resultar esterilizantes. Una cosa es ser bueno y otra tonto. Deben ser corregidos en las programaciones y en las alianzas previas exigiendo definiciones y garantías «garantizadas» para después de las acciones conjuntas. Esto se ha descuidado demasiadas veces.

Entre otras, importantes y recientes, en las conversaciones con el glorioso general Mola por parte de un grupo de

navarros que interfirió en las negociaciones con el Jefe Delegado del Rey. Es impresionante lo poco que pedían aquellos intrusos. En casos parecidos, que desgraciadamente no faltan, un rasgo común siempre presente ha sido que las propuestas y contrapropuestas carlistas han sido modestísimas. Luego viene aquello de llorar como mujer lo que no se ha sabido defender como hombre. Y lo de que hemos actuado como bomberos gratuitos, repetido con un tono de contexto que no se entiende claramente si es el de una gracia o el de un lamento. Cuando Don Carlos Hugo se instaló en Madrid hizo una visita protocolaria al nuncio de Su Santidad en España. Éste contestó amablemente a las palabras de saludo de Don Carlos Hugo diciendo, aproximadamente, que «en las grandes ocasiones» la Iglesia siempre ha contado con la llegada de la ayuda de los requetés. Al día siguiente Don Carlos Hugo le envió una carta diciéndole que deseaba colaborar no solamente «en las grandes ocasiones», sino también y además en la política de cada día.

Esto se relaciona con un sentimiento extenso y hondo en las filas del Tradicionalismo, de ser víctimas de grandes y constantes ingratitudes por parte de quienes se benefician de sus sufrimientos. La mayor parte del clero no ha agradecido a los carlistas lo que éstos han hecho por la Iglesia. Estas ingratitudes y su condición humillante se disimulan presentando la necesidad de encajarlas como fruto deseada de las virtudes antes enumeradas. Estas ingratitudes dificultan el reclutamiento, además de por sí mismas, porque delatan una falta de oficio en nuestros dirigentes políticos.

Hay en la parte más culta del Carlismo una dedicación exagerada a la historia, desproporcionadamente mayor que la que dedican a cuestiones políticas pequeñas, concretas y coyunturales. Tal vez esa dedicación a la historia pretenda ser, inconscientemente, una salida y una justificación al desinterés por la política menuda.

8. Recapitulación

Si España no ha estado a «nivel europeo» en males costumbres, malas filosofías y religiones falsas, hasta después

del Concilio Vaticano II, ha sido en buena parte gracias al estilo intransigente y a la buena disposición siempre para combatir de los carlistas. Nuestro estilo es distinto del de los europeos. No es cierto que África empiece en los Pirineos. Sí que es verdad que Europa termina en los Pirineos. No somos europeos. Somos españoles, castizos.